

HACE CIEN AÑOS

“Pregones” de Invierno

En noviembre de 1914, hace ahora cien años, el semanario “Blanco y Negro” publicaba unas deliciosas páginas en las que hacía un recorrido por lo vendedores ambulantes de la capital madrileña, que traían a la capital los productos típicos de estas fechas.

“Madrid es un pregón permanente, y ¡ay del día que deje de serlo! Si alguien pretendiese despojarle de su bullicio, de su incesante gritería, el buen madrileño diría como cuando ve que en una reyerta propina uno de los combatientes a otro un golpe o cosa peor”.

“Uno de los gritos típicos en la estación es el de ¡Calentitas! ¿Cuántas, cuántas?. Es el pregón de la castañera, esa institución madrileña que se conserva incólume a través de las edades. La castañera, idealizada y hasta inmortalizada por D. Ramón de la Cruz, anuncia con su presencia la llegada del invierno, como la golondrina es heraldo del verano”.

“Los devotos sostiene que la castaña asada, la apetitosa, la legítima, era aquella que tenía por asadero una olla de barro agujereada y en contac-



to inmediato con la lumbre de carbón vegetal sobre la que chisporroteaba la sal, echada a puñados, no la que tiene por recipiente una sartén o cazuela de hierro colocada sobre hornilla del mismo metal que aprisiona el fuego de antracita”.

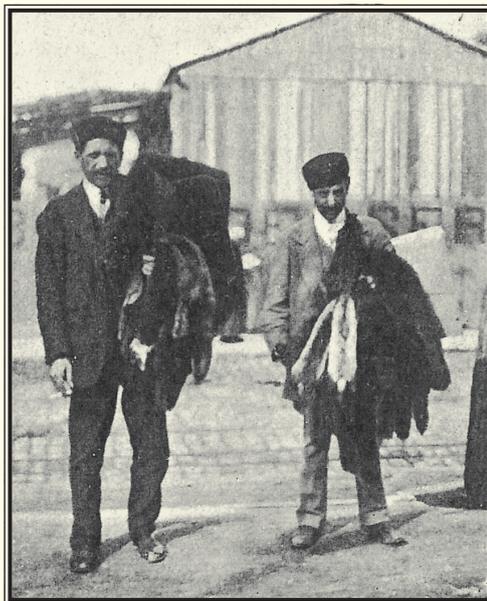
“La castaña es la golosina de los pobres —afirmaba el autor del artículo—. Su modestia triunfa, digan lo que quieran sus compañeras, las que, afrancesándose furtivamente, se endulzan y se perfuman con vainilla para llamarse pomposamente marrón glacé”.

El reportaje, de un costumbrismo delicioso (y nunca mejor dicho), también hacía referencia a otros productos vendidos por la calle de Madrid en los meses de invierno: café “económico”, miel de la alcarria, nueces, churros, “cacañets tostaos”, paja ó esparto, tortas de las Ventas... Asombra ver en las imágenes que acompañaban al texto a dos de los vendedores que no debían de pasar de los 8 años de edad

También queremos destacar a los que vendían “peles” finas: “Una levita larga y vueluda y un gorrete de fieltro y forma cónica constituyen el certificado de origen ruso de esos vendedores de pieles que en pareja, y no ciertamente de la Guardia Civil, recorren las terrazas de los cafés ofreciendo ¡peles finas! Es obligación de estos comerciantes chapurrear el español, aunque hayan nacido en plena barriada de Maravillas. Incapaces de dar gato por liebre, ni siquiera por nutria del Canadá, ofrecen indiscutibles gangas”.

Un relato de un Madrid ya muy lejano.

Nuño Vilanova



En la parte superior de esta página, típica castañera. Encima de estas líneas, de izquierda a derecha, un puesto de café en pleno Paseo de Recoletos, pareja de vendedores rusos de pieles y “el churrero”, un niño que no debía de pasar de los 8 años de edad.